

HACIA UNA ESPIRITUALIDAD DE LA MISIÓN DE LA PRECIOSA SANGRE

Barry Fischer, CPPS

Observaciones introductorias

Teniendo presentes las reflexiones expuestas por Steve Bevans en el documento “Hacia una espiritualidad de la misión”, quisiera comenzar afirmando que comparto su concepción de la “espiritualidad”, en cuanto “reserva (pozo) en el que una persona o comunidad pueden abreviar para motivar su acción, no desubicarse, reforzar su compromiso y evitar el desaliento en los momentos difíciles”. Hablar de espiritualidad no es hablar de una parte de la vida, sino de la vida en su totalidad.

El artículo de Steve me ha iluminado mucho y me ha ayudado enormemente a entender de forma más sistemática lo que ha ido pasando en mi vida en los últimos treinta años. Me ha ayudado a clasificar y darles un nombre a las experiencias vividas en mi propio camino espiritual de Misionero de la Preciosa Sangre. Lo que comparto ahora no pretende más que indicar la trayectoria que me ha llevado a concebir la misión desde la perspectiva de la espiritualidad de la Preciosa Sangre. Es lo que he querido sugerir con el título “Hacia una espiritualidad...”, en el sentido de que no pretendo hablar de la espiritualidad de la misión de la Preciosa Sangre como tal, sino sólo de la espiritualidad que yo he descubierto en la experiencia de mi vida personal. De todas maneras, creo que en esta experiencia particular ustedes podrán descubrir elementos que les permitan, a su vez, expresar su propia espiritualidad de la misión a la luz de nuestro carisma.

El comienzo de un camino

Para mí todo comenzó en 1979, cuando fui nombrado Rector del Colegio San Gaspar de Santiago de Chile. Ese año el Vicariato de la Educación de la Arquidiócesis había pedido a todas las escuelas católicas que elaboraran un proyecto educativo inspirado en su propio carisma (Jesuitas, Verbo Divino, Sagrado Corazón, Santa Cruz o Preciosa Sangre). Cuando estaba empeñado en esta tarea con la comunidad escolar tuve la oportunidad de encontrarme por primera vez con uno de nuestros misioneros, el P. Winfried Wermter, que en ese entonces era miembro del Consejo General en Roma. En un bus de larga distancia lo acompañé hasta nuestras misiones en el sur de Chile. Nuestra conversación, que duró hasta bien entrada la noche, determinaría un viraje decisivo en mi vida y en mi búsqueda de una espiritualidad de la Sangre de Cristo. Por primera vez desde mi entrada en la Congregación escuchaba a alguien hablar de san Gaspar como si estuviera vivo entre nosotros, y de la sangre de Cristo presente en la vida de todos los días. Me sentía fascinado, y sumamente interesado en la conversación. Esa noche comenzó mi búsqueda. Aunque después, con los años, nuestras visiones de la misión se

irían diversificando, lo que me quedó grabado para siempre fue el convencimiento de que, para tener una identidad CPPS y compartir nuestro carisma con la iglesia y la sociedad, era de la máxima importancia en la vida de todos los días “establecer conexiones” entre la espiritualidad y nuestra misión.

El descubrimiento de los fundamentos bíblicos

Algunos años después, nuestra familia de la Preciosa Sangre en Chile marcaría otro jalón en nuestra búsqueda. El P. Robert Schreiter fue invitado para dar una serie de reflexiones en un taller intercongregacional sobre la espiritualidad de la Preciosa Sangre. Las exposiciones del P. Bob en ese taller de principios de los años ochenta constituirían el núcleo del libro publicado posteriormente con el título *In Water and In Blood* (En el agua y en la sangre). Bob nos presentó magistralmente los fundamentos bíblicos de una espiritualidad de la sangre de Cristo. Cada capítulo comenzaba con un texto, que él relacionaba posteriormente con la situación cultural, social, y política en la que estábamos inmersos en esos momentos en América Latina. Presentó también los símbolos de la *alianza*, la *cruc* y el *cáliz* que han llegado a ser las imágenes centrales de la CPPS a través de las cuales expresamos nuestra espiritualidad y vivimos nuestra misión.

En los años sucesivos, el P. Bob continuaría enriqueciendo nuestras reflexiones con una profundización del concepto de *reconciliación* y de su lugar central en la misión de la iglesia en nuestro mundo globalizado.

Conexiones entre el grito de la sangre y el llamado de la sangre

La lectura de la encíclica de Juan Pablo II, *Evangelium Vitae*, publicada en 1995 marcó otro hito en mi camino. Me cautivó la expresión “grito de la sangre” y la descripción de la respuesta de Dios en la sangre derramada de su Hijo Jesús. Descripción en la que el Papa rescata la característica ambivalente de la sangre y mantiene en tensión los dos aspectos de muerte y vida.

El punto de partida para comprender esta terminología está en la misma Escritura.

"Dijo Yahvé: 'Bien vista tengo la aflicción de mi pueblo en Egipto, y he escuchado el clamor que le arrancan sus capataces; pues ya conozco sus sentimientos. He bajado para librarle de la mano de los egipcios y para subirle de esta tierra a una tierra buena y espaciosa; a una tierra que mana leche y miel'" (Éxodo 3, 7-8)

En este contexto del pueblo esclavizado en Egipto que clamaba por la liberación llegó la respuesta compasiva de Dios que liberaría a su pueblo.

El Santo Padre dedica una gran parte de su encíclica a reflexionar sobre el capítulo 4 del libro del Génesis, en el que leemos la historia de Caín que mata a su hermano Abel, derramando su sangre sobre la tierra. Esa sangre clama al cielo pidiendo venganza.

El Papa describe cómo la sangre de Abel “no cesa de clamar desde el suelo, de generación en generación, adquiriendo tonos y acentos diversos y siempre nuevos” (# 10). Y continúa mencionando diferentes formas en las que la sangre es derramada, todas las cuales configuran siempre una verdadera “cultura de muerte”. La sangre de tantos inocentes es una continuación de la Pasión de Cristo en nuestro mundo de hoy. Su sangre continúa gritando, en espera de una respuesta.

A continuación el Papa habla de la Preciosa Sangre como la respuesta de Dios al grito de la sangre de Abel (Hb 12, 24), como fuente de redención perfecta y don de vida nueva (*Evangelium Vitae*, # 25). Jesús es el Mesías que vino a defender y rescatar a los pobres y desventurados. Él es el salvador, el redentor y el abogado de sus hermanos y hermanas necesitados. Hizo propia su causa y dio su vida en su defensa. (cfr. Levítico 25).

Un aspecto esencial de la misión es hacer que se escuche la sangre de las víctimas de hoy y responder con solidaridad compasiva. Leemos en el # 10: “*haced que se escuche el grito de vuestros hermanos y hermanas*”. E invita a todos los cristianos y personas de buena voluntad a proclamar el evangelio de la vida (*Evangelium Vitae*, # 82-84).

No tardé en descubrir que hablar del “grito de la sangre y del llamado de la sangre” era una manera muy aterrizada de reflexionar sobre nuestra espiritualidad, que nos ayudaba a ponernos en contacto con nuestras experiencias de vida. Con el tiempo se fue convirtiendo en la manera de enfocar nuestra identidad. Una espiritualidad misionera es por naturaleza una espiritualidad encarnada. Una manera de descubrir la misión y nuestro aporte específico a la iglesia universal como personas marcadas por la sangre de Cristo. En todo el mundo, con los miembros de nuestra CPPS, con las congregaciones femeninas de la Preciosa Sangre, con numerosos grupos de laicos, he ido descubriendo con qué facilidad la gente entiende este lenguaje y con qué rapidez hace las conexiones. A muchos les ha abierto el camino para una comprensión renovada de nuestra espiritualidad y un descubrimiento de la misión. Es notable cómo este “lenguaje” ha llegado a ser la moneda corriente en los diferentes círculos de nuestra familia internacional de la Preciosa Sangre.

Descubrimos y participamos en la misión de Dios (*Missio Dei*) según los diferentes carismas reconocidos por la iglesia. Toda actividad misionera comienza en Dios, que nos invita a participar en su misión. Es Él el que nos invita y envía. Dotados de un carisma aprobado por la iglesia, los misioneros de la Preciosa Sangre tenemos que descubrir nuestra misión desde la perspectiva de la Preciosa Sangre. Como solemos cantar en inglés, “*called by the blood and sent by the blood, we are servants of the blood of Christ*” (llamados y enviados por la sangre de Cristo, somos de su sangre siervos y servidores).

Como sociedad de vida apostólica, de nosotros se espera que enriquezcamos la misión de la iglesia con el aporte de nuestra identidad particular de Misioneros de la Preciosa Sangre. ¿No podría ser ésta la forma de enfocar nuestra identidad y nuestra misión; la forma de atravesar las fronteras de las culturas y lenguajes; la forma de autocomprendernos en cualquier apostolado o ministerio que emprendamos?

Porque el “grito de la sangre” puede escucharse en cualquier sociedad en la que vivamos. Las circunstancias pueden ser diferentes de un lugar a otro o de una cultura a otra, pero dondequiera que nos encontremos, y en cualquier ministerio que realicemos, el grito de la sangre se eleva desde la misma tierra que pisamos. Al mirar el mundo que nos rodea nos preguntamos: ***¿De dónde viene el grito de la sangre? ¿Dónde está amenazada la vida y dónde necesita ser defendida y promovida en nuestros diversos contextos y culturas?***

La comprensión de nuestra misión comienza por escuchar ese grito y hacer que se escuche la voz de la sangre en la sociedad de hoy que preferiría ignorarla o apagarla. Porque al escuchar el “grito de la sangre” se nos mueve el piso. Es un grito que perturba nuestra paz y desafía nuestra comodidad y nuestras seguridades. De la misma manera que el grito de la sangre de Abel hizo que Dios se compadeciera e interviniera para liberar a la humanidad de todo lo que la oprime, así también nosotros tenemos que tomar una posición. En último término, fue el grito de la sangre de Abel lo que provocó la respuesta de la sangre derramada de Cristo. Y así, los que escuchamos el grito de la sangre, estamos llamados también a responder con la sangre de Cristo, una sangre que habla de alianza, de cruz y de reconciliación.

Los Misioneros de la Preciosa Sangre vemos “filamentos rojos” por todas partes. De la misma manera que Dios se movió a compasión cuando escuchó el clamor de su pueblo en Egipto, así también los misioneros cuando escuchamos el grito y reconocemos hoy la sangre derramada de Abel nos sentimos llamados a la misión. ***En todo “grito” hay un “llamado” a la misión.*** Con los años he ido descubriendo que cuando identificamos el grito en cualquier situación en que estamos y en cualquier apostolado que emprendemos, en ese mismo grito descubrimos un llamado a la misión. En otras palabras, hay una estrecha relación entre la espiritualidad de la Preciosa Sangre y nuestro ministerio. Veamos algunos ejemplos.

La espiritualidad de la Preciosa Sangre vivida en la misión

Al principio de esta reflexión cité la *Evangelium Vitae* de Juan Pablo II, cuyo enfoque de la sangre de Abel y la respuesta de la Preciosa Sangre se centra en el tema de la vida. Que la vida esté en la sangre es una idea central en la Biblia. Sólo Dios es el Señor de la Vida. El Papa describe diferentes situaciones en las que la vida es arrebatada, amenazada o menguada. Los misioneros de la Preciosa Sangre escuchamos esos gritos y tratamos de responder. En su discurso a los delegados de nuestra Asamblea General en septiembre de 2001, nos exhortó con estas palabras: *“Les pido que continúen esforzándose por construir una civilización de la vida,*

tratando de proteger toda vida humana, desde la de los no nacidos hasta la de los ancianos y enfermos, y promover la dignidad de toda persona humana, especialmente de los débiles y privados del derecho de participar de la abundancia de la tierra". (Castelgandolfo, 14 de septiembre de 2001). Así participamos en la misión de Dios proclamada por Jesús: "He venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia" (Jn 10, 10). Para esto vivió y murió Jesús.

En su hermosa homilía pronunciada durante la misa de acción de gracias después de la canonización de Santa María De Mattias el obispo Erwin Krautler también nos recordaba: *"Hoy nuestra Congregación está llamada a continuar esta misión, a ir adonde nadie se atreve a ir, a abrazar a los que el mundo rechaza, a acoger a los que la sociedad considera superfluos o desechables. En los rostros de los pequeños, los jóvenes, los indígenas, los negros, las mujeres, los ancianos, los desfigurados por la pobreza, la violencia y la indiferencia, encontramos el rostro ensangrentado de Cristo que nos llama y nos desafía. Hay millones de hombres y mujeres que padecen hambre, enfermos que no pueden conseguir medicinas; millones que viven en la calle, marginados de la sociedad, sin vivienda, sin techo, sin nada. Clavados en una infinidad de cruces, pero que no se resignan a quedar así para siempre. Quieren ponerse de pie y participar en el "banquete de la vida" que Dios ha preparado para todos sus hijos e hijas". (Juan Pablo II, Sollecitudo Rei Socialis, #39). La sangre de la vida nos llama a responder a sus gritos.*

Hoy podemos hablar también de la marginación que muchos pueblos sufren debido a los efectos de la globalización económica. Cunde el individualismo; en algunos países la tasa de divorcios se acerca al 50%; por todas partes se ven rupturas en las comunidades y entre las naciones que a veces desembocan en guerras. La permanencia delante al ordenador durante horas estableciendo relaciones anónimas a través de internet pone en peligro las relaciones reales con las personas que nos rodean. Muchas personas sufren la soledad debido a sus limitaciones físicas o mentales, o a causa de la edad, o bien se sienten aisladas por sus creencias. Al escuchar su grito de soledad podemos descubrir nuestro llamado a vivir la espiritualidad de la sangre de Cristo que habla de alianza, de relaciones, de creación de comunidades.

A su vez, la sangre de la reconciliación habla a tantas situaciones diferentes de nuestra vida, de la sociedad y de nuestras comunidades. Asesinatos, actos de violencia, saqueos de guerra, pobreza, trata de personas, abuso sexual y pedofilia, conflictos de diversa especie, explotación y depredación de la tierra por codicia personal o institucional, indiferencia, miopía y falta de interés por las necesidades de los demás y por el futuro de nuestro planeta, países divididos y polarizados políticamente, comunidades eclesiales separadas por visiones distintas de nuestro compromiso cristiano. Éstas y muchas otras situaciones hablan de ruptura de relaciones y de sangre derramada. En el grito que se eleva desde la tierra escuchamos el llamado de la sangre de la reconciliación. Descubrimos nuestro llamado a la misión.

El temor al "otro", al que es distinto de mí, al que piensa de manera diferente o tiene otras creencias religiosas, otra orientación sexual, otra concepción teológica o praxis pastoral, a

menudo da origen a una tendencia a la exclusión o marginación. Y, en casos extremos, a la eliminación física del “otro” que amenaza con invadir mi espacio de seguridad. Los grupos neonazistas o los partidos políticos que quieren limitar el número de los “extranjeros” que entran en nuestros países podrían ser una expresión de dicha tendencia. Como puede serlo también la construcción de un muro entre México y los Estados Unidos para impedir la entrada de los emigrantes. O incluso las actitudes poco acogedoras que manifestamos al sentarnos a la mesa de la Eucaristía para compartir el cuerpo y la sangre de Cristo. Este grito habría que escucharlo. Es un grito que se alza a veces dentro de nuestras propias comunidades religiosas o en nuestras parroquias. En él está nuestro llamado al compromiso mediante el testimonio de una espiritualidad de la sangre que habla de inclusión y acogida. Jesús extendió sus brazos en la cruz y derramó su sangre para abrazar en el amor de Dios a toda la humanidad. *“Cuando será alzado de la tierra, todo lo atraerá hacia él”*. Su corazón fue abierto por la lanza del soldado, y de él brotó agua y sangre. En ese corazón todos los pueblos pueden encontrar un lugar seguro para estar en el amor de Dios. Estamos llamados por la sangre de Cristo a crear comunidades acogedoras en las que todos puedan encontrar un hogar, un lugar seguro.

Una de las características de la sociedad en la que vivimos hoy es la de una creciente diversidad cultural, favorecida por las comunicaciones casi instantáneas a través de internet y de las comunicaciones virtuales. Viajar es más fácil que nunca, y ello permite a la gente experimentar de primera mano la diversidad cultural. Las migraciones del sur al norte y de los países de Europa oriental a los de Europa occidental han producido una gran mezcla de culturas. Desde ya que no se trata de algo nuevo en la historia, pero hoy se experimenta con mayor frecuencia debido a la facilidad de las comunicaciones y de los viajes. Esta creciente diversidad experimentada en nuestras escuelas e iglesias, y en las ciudades y aldeas produce también en algunos la tendencia a cerrarse en sí mismos para proteger su propia cultura y tradición frente al “otro” a quien se ve como una amenaza. Así es cómo pueden originarse diferentes expresiones de racismo y prejuicios que pueden desembocar en tensiones y conflictos, y hasta en actos de violencia. Este grito hay que escucharlo: la comunidad local lo ha de reconocer, aceptar, respetar y acoger. La espiritualidad de la Preciosa Sangre nos invita a responder a este grito reconociendo la diversidad como un enriquecimiento, y a ampliar el círculo de la comunidad incluyendo otras culturas. En nuestra respuesta a los desafíos de vivir con culturas diferentes entran en juego la espiritualidad de la sangre de Cristo que habla de reconciliación y de eliminación de los muros que nos separan, así como la sangre de la alianza (una espiritualidad de comunión en la diversidad) que compromete a formar e integrar comunidades.

En su época Jesús tuvo que combatir la división de las personas entre salvadas y excluidas, entre puras e impuras. En nuestros días nos encontramos a diario con personas que se sienten nadie al estar excluidas del banquete de la vida por su pobreza o la falta de estudios. En nuestra sociedad consumista, los que no pueden producir suelen ser considerados

de valor inferior, como los enfermos, los ancianos, los discapacitados físicos o mentales. Hay otros que se sienten totalmente indignos o inferiores por algún pecado que han cometido en el pasado, o por heridas recibidas en la familia o en la comunidad, que han lesionado gravemente su autoestima. Los gritos de estas personas pueden ser ensordecedores. Uno que vive la espiritualidad de la sangre de Cristo está atento a estos gritos y busca las formas de comunicar a esas personas otro mensaje: que son amadas por Dios y “preciosas” a los ojos de Dios (1 Pe 1, 18-19; Sal 71,14). En un Mensaje del 27 de enero de 2007 el Papa Benedicto XVI decía: *“Redimida por su sangre, ninguna vida humana es indigna o de poco valor, porque todos son amados personalmente por Él con un amor apasionado y fiel, un amor sin límites”*. El obispo mártir, Oscar Romero de San Salvador, expresó gráficamente la misma verdad cuando proclamó: “¡Dios no hace basura!”

En una sociedad en la que se evita a toda costa hablar del dolor, en la que es casi un tabú hablar de la cruz y del sufrimiento, no se puede no escuchar los gritos de los que sufren por tantas causas. Algunos sufrimientos son pasajeros; otros acompañan a las personas durante toda su vida. Podemos hablar del sufrimiento interior, emocional, espiritual, así como del sufrimiento físico causado por una enfermedad, un accidente, un trauma de muchos tipos. Y está el sufrimiento de los que son perseguidos por el testimonio del evangelio o por su compromiso con los pobres o la promoción de la justicia. Tampoco Jesús evitó el sufrimiento cuando se presentó. Lo aceptó y lo convirtió con amor en sufrimiento redentor. En cuanto peregrinos compasivos y solidarios con los que sufren, la sangre de Cristo nos invita a ser instrumentos de esperanza. Como Simón de Cirene, acompañamos solidariamente a otros a cargar la cruz y el sufrimiento.

En un mundo dedicado a buscar el sentido y la felicidad rindiendo culto a los “ismos” - hedonismo, consumismo, materialismo -, los Misioneros de la Preciosa Sangre estamos llamados a dar testimonio de otro estilo de vida, que presente la vida de Jesús como camino y verdad. Jesús nos enseña que la verdadera felicidad y la plenitud de vida se consiguen por medio del amor. No de cualquier clase de amor, sino del que habla de una vida entregada por los demás. La plenitud de la vida la consiguió dándose a sí mismo hasta el punto de derramar su sangre por nosotros en la cruz. En medio de la diversidad de los “gritos” que escuchamos todos los días, está el grito de tantos que están cansados de los “ismos”, porque han caído en la cuenta de que la respuesta no está allí. Van en busca de sentido, de algo o alguien que les ayude a encontrar la respuesta y el camino. Hay falsos profetas que tratan de convencer de que la felicidad se consigue encontrando la fuente de la eterna juventud, en la belleza física y el bienestar, en el éxito económico, el poder, la autoridad y los títulos. Muchos han intentado estos caminos pero han terminado en un callejón sin salida, sin haber saciado su sed de sentido y de felicidad. La espiritualidad de la sangre de Cristo nos invita a ser testigos fieles del Camino que Jesús ofreció. Estamos llamados a ser felices seguidores de Jesús, que generosamente entregan su vida para servir a otros, y encuentran en ello el sentido verdadero y la fuente de la

felicidad, una felicidad duradera. Con la esperanza de que sea un testimonio que evoque también en otros una respuesta generosa.

La espiritualidad de la Preciosa Sangre que habla de vida, de reconciliación y de alianza, se adapta especialmente a nuestra tarea y responde a los grandes retos de nuestro mundo globalizado. Nuestra respuesta al grito de la sangre es la respuesta dada por Jesucristo a través de su Preciosa Sangre derramada para que todos tengan la plenitud de la vida. Nosotros respondemos al grito de la sangre con los recursos de nuestra espiritualidad, que es la de la sangre de Cristo. Nuestra respuesta brota de la sangre de Cristo.

Hay una relación muy estrecha entre nuestra espiritualidad de la Preciosa Sangre y nuestro llamado a la misión. Diría que la espiritualidad de la sangre de Cristo nos ofrece precisamente eso: una espiritualidad de la misión, profundamente arraigada en la Escritura y que responde a los grandes interrogantes de los hombres y las mujeres de hoy como traté de indicar brevemente antes. A la vez que descubrimos nuestro llamado a la misión a través de nuestra espiritualidad, esa misma espiritualidad nos nutre para que podamos vivir nuestra misión.

Enseñanzas aprendidas en la experiencia

Hasta ahora he hablado del grito de la sangre y del llamado de la sangre. Éstas son categorías que nos pueden ayudar a descubrir nuestra misión y vivir nuestra espiritualidad. Pero si queremos llegar a algún lado tenemos que tener oídos para escuchar y ojos para ver, lo cual supone un estilo de oración que nos ayude a desarrollar esta sensibilidad. Personalmente he descubierto que la contemplación en la acción puede ser de gran ayuda para discernir los signos de los tiempos, escuchar los gritos y distinguir cómo la espiritualidad de la sangre nos llama a responder. Es un estilo de oración que tiene en cuenta nuestra vida y las experiencias de todos los días, las personas con las que nos encontramos en el camino y las situaciones que se nos presentan. En la contemplación tratamos con la ayuda del Espíritu de ver la imagen de Dios en la otra persona y escuchar la palabra de Dios que aspira profundamente a sentirse libre. Es una oración de discernimiento. En una comunidad religiosa este estilo de oración puede ser particularmente beneficioso para discernir el grito y el llamado, porque muchos oídos y ojos pueden más que uno. La adoración del Santísimo Sacramento también debería llevarnos a descubrir y venerar la presencia de Dios en los demás, invitándonos a responder con amor generoso al Cristo que sufre hoy. En el mismo discurso que Juan Pablo II dirigió a nuestros Delegados en la Asamblea General XVII de 2001 nos recordaba que *“la misión surge de las profundidades de la contemplación en la que el creyente aprende a reconocer y apreciar la dignidad casi divina de todo ser humano y puede exclamar con un asombro renovado y agradecido: ‘Qué valor debe tener el hombre a los ojos del Creador, si ha merecido tener tan grande Redentor!’* (cf. *Evangelium vitae*, #25) Los misioneros entramos en la vida de los demás con mucha delicadeza y con la conciencia de estar pisando tierra sagrada.

La espiritualidad de la sangre de Cristo es una espiritualidad misionera, que constantemente nos invita a abandonar nuestras zonas confortables para ponernos en los caminos accidentados de otras vidas. El grito de la sangre y el llamado de la sangre nos invitan a entrar en el corazón del Misterio Pascual que es el centro de la vida cristiana y de la espiritualidad de la sangre de Cristo. Nos llaman, como el Papa Juan Pablo II nos dijo en la Asamblea General, “a ir adonde otros no quieren ir.” Quizás tampoco nosotros queramos ir. En una espiritualidad de la sangre hay una especie de desorden y confusión. A veces preferiríamos no ir por ese camino. El grito podría llamarnos a aventurarnos en “tierras extrañas”, en zonas desconocidas, en culturas y subculturas que nos son ajenas. Para estar dispuestos a responder al grito y al llamado de la sangre, tenemos que ser flexibles y dispuestos a ser llevados “por el camino marcado por la sangre”. Para ir solos no es fácil. Pero juntos, podemos apoyarnos y alentarnos mutuamente. (Es la experiencia que estoy viviendo ahora que fui llamado para ayudar a otra familia religiosa en gran necesidad de sanación y reconciliación, justo cuando ya me estaba adaptando aquí en Salzburgo.) Si queremos ser estatuas, nuestra vocación no es la de misioneros de la Preciosa Sangre! Nuestros pies misioneros deberían cimentarse sólo en el corazón de nuestro Dios peregrino.

Para vivir esta espiritualidad misionera seremos, será preciso vivir en actitud de *kenosis* (Flp. 2, 5), de vaciarnos para caminar junto al otro con solidaridad y compasión. Tenemos que abandonar nuestros preconceptos, reconocer nuestros prejuicios velados o no tan velados, dejar atrás la sensación de superioridad cultural, con objeto de aprender, de enriquecernos y de ser evangelizados por aquéllos con quienes caminamos. Si acaso estamos dispuestos a compartir nuestros dones, primero tenemos que estar dispuestos a recibir los dones de los demás. Con Pablo, tratamos de ser “todo para todos”. Vivir una espiritualidad de *kenosis* equivale a ser vulnerables.

En todo lo que he compartido en esta reflexión resulta evidente que estamos llamados a vivir en una actitud permanente de conversión, cortando y dejando atrás constantemente, desprendiéndonos del bagaje superfluo con un espíritu de pobreza y sencillez, y manteniéndonos espiritualmente preparados para seguir los pasos de nuestro Redentor. Para ser personas de alianza, de reconciliación, de afirmación de la dignidad y del valor de otros, personas de hospitalidad y acogida, personas de esperanza en medio del sufrimiento, se requiere una actitud constante de conversión y crecimiento, como testimonio de lo que nosotros mismos hemos experimentado y estamos experimentando. La espiritualidad que profesamos y que nos llama a la misión es nuestro mejor recurso para prepararnos a esa misión.

La celebración de la Eucaristía es un momento especial en la vida de un misionero. En ella vamos al corazón de nuestra fe y bebemos de la fuente de nuestra espiritualidad de la Preciosa Sangre (cfr *Textos Normativos*, C4). En la celebración eucarística viene el Señor a dar vista a nuestros ojos muchas veces ennegrecidos; a abrir nuestros oídos sordos; y a soltar los

grilletes que amarran nuestros pies, nuestras manos, y a veces hasta nuestros corazones. Sólo así, liberados de todo lo que nos ata podemos cumplir nuestra misión en el mundo globalizado de hoy.

En la Eucaristía ofrecemos la copa del sufrimiento, en la que ponemos los gritos y sufrimientos que hemos encontrado en nuestro camino. Colocamos esas vidas con sus sufrimientos y gozos en el marco más amplio de la pasión, muerte y resurrección de Cristo. Y bebemos de la copa de la esperanza que nos nutre para la misión, con el fin de que llevemos el bálsamo de la sangre de Cristo a nuestro mundo herido y fracturado.

Y nos sentimos animados por el ejemplo de nuestro fundador, San Gaspar, el gran apóstol de la Preciosa Sangre (cfr *Textos Normativos*, C22), de Santa María de Matthias, del Venerable Juan Merlini, y de una multitud de co-misioneros, sacerdotes, hermanos, laicas y laicos que han caminado antes que nosotros y han vivido en fidelidad a nuestro carisma misionero.

Viviendo nuestra misión en y a través de la espiritualidad de la sangre de Cristo es cómo daremos nuestro aporte específico a la construcción de un nuevo orden mundial, de esa Nueva Jerusalén, más justa y más humana, que refleja más fielmente el sueño de Dios para la humanidad, revelado en Jesús y hecho posible mediante el derramamiento de la sangre del Cordero.

Preguntas para el discusión

En su presentación, el P. Barry ha continuado su liderazgo ayudándonos a reflexionar sobre la espiritualidad de la Preciosa Sangre y a descubrir la manera de encarnar la espiritualidad en nuestras propias vidas. Hoy el ha aplicado sus propias reflexiones y comprensión de la espiritualidad de la Preciosa Sangre al tema o cuestión de la misión a fin de que ella tenga su inspiración en la sangre de Cristo. Dijo:

La espiritualidad de la Preciosa Sangre que habla de la vida, de la reconciliación y de la alianza, es, por supuesto, especialmente apropiada para la tarea misionera y responde a los grandes retos que nos enfrentamos en nuestro mundo globalizado.

En el contexto o en las situaciones vivida en su unidad de la congregación, **¿Cuál es la labor que:**

- 1) Proclama mejor el mensaje de la vida,**
- 2) Promueve la reconciliación?**
- 3) Establece alianzas fidedignas a través de la edificación de la comunidad?**